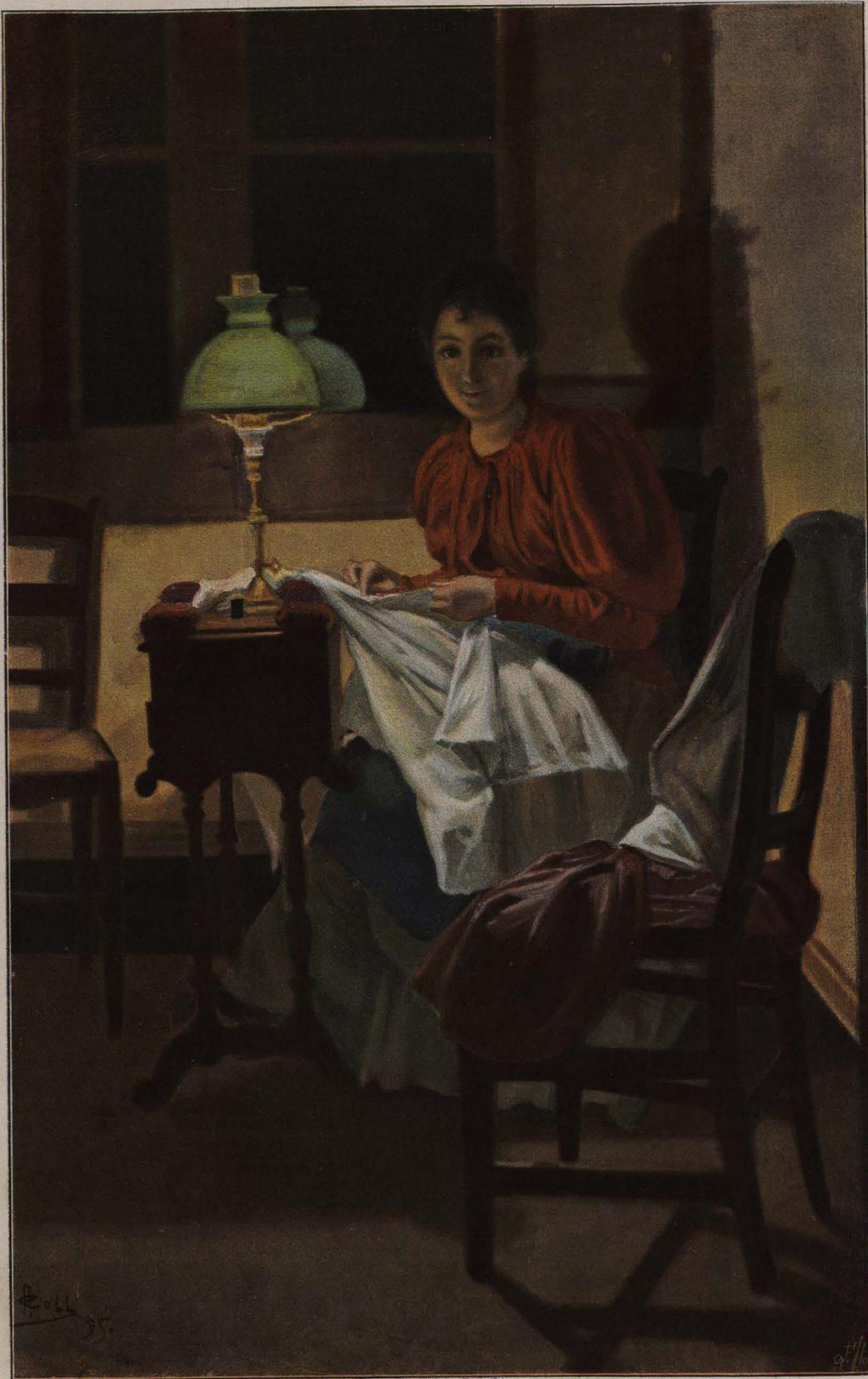


ANTONIO COLL



LA ETERNA VELADA



Cuadro de RICARDO BRUGADA.

BELLAS ARTES

NUESTRA última revista fué escrita en presencia de las obras que debían figurar en el precedente número del ALBUM SALÓN; mas á última hora y cuando aquélla ya estaba en prensa, á causa de un desperfecto en la máquina, tuvo que suspenderse la publicación del cuadro de los señores Urgell y Comelán que figura en la doble página de hoy, por lo que remitimos al lector á lo dicho entonces, no creyendo necesario repetir aquí el juicio que nos merece el hermoso cuadro de dichos aventajados artistas catalanes.

En cambio, algo habremos de decir de las dos obras que substituyeron á aquél, y que ostentan las conocidas firmas de Juan Martínez Abades y Antonio Coll.

El cuadro del primero quiere ser una nota de color y resulta una queja. Ser débil mujer, y estar sujeta al duro trabajo del arrastre de las redes para ganar el pan con el sudor de su rostro, si tiene de pintoresco la riqueza de color del ambiente y la pobre indumentaria de la pescadora, tiene de amargo la triste condición de la mujer, obligada á agotar sus fuerzas en oficios que no son de su sexo.

La eterna velada, de Antonio Coll, es la antítesis del anterior, y sin

embargo, deja, como aquél, una impresión de tristeza. Aquí, la mujer cose, pero cose incesantemente, consumiendo su vida en el interminable pespunte, de día, de noche, siempre. El salario escaso y las crecientes necesidades, convierten el tranquilo hogar en un suplicio lento y continuo que sólo halla tregua á altas horas de la noche, cuando, terminada la labor, el cuerpo exhausto busca en el lecho modo de restaurar las fuerzas, para continuar mañana el rítmico é interminable compás de la aguja. El cuadrado está hecho á conciencia y bien tratada la luz artificial.

Ocupa la primera página del presente número una *naranja*, de Ricardo Brugada, con las cualidades que repetidas veces le hemos reconocido en este sitio.

De Alejandro Casas, un profesor de quien raras veces nos es dable ver alguna obra, es el apunte de color *La vida en el campo* que, aún dentro de su sencillez y brevedad, denota espontáneas cualidades de observación.

Cierra el número el bonito *Estudio de expresión*, de Julio Borrell, trazado con su característica facilidad.

FRANCISCO CASANOVAS

HORROR AL VACIO

Y está ahí... Ya avanza... Ya me mira con sus ojos vidriosos y repulsivos, frío como el hielo. — ¿Qué quieres? ¿Por qué así me atormentas? ¿Te propones acabar con mi reposo, con mis ilusiones, con mis esperanzas?... Pues no, no me rindo tan fácilmente: aún creo en Dios, aún creo en el porvenir. El porvenir, que me llama seguramente á altos destinos; que me libraré de tu poder, de tu atracción magnética... Sí; ya sé que me deseas con toda tu alma, si la tienes, que no puedes tenerla; — que deseas absorberme completamente y diluirme en la esencia de tu *no ser*; pero por mí velaré Dios, por mí velaré el mundo... hasta yo mismo sabré evitar tus traidoras garras; inicuo, traidor, infame, que estás acechando continuamente mis debilidades y postraciones de espíritu. ¿Quieres mi vida? Tómala; mis glorias, mis honores?... Llévatelos. Pero mis esperanzas... no; no te las doy; aunque me acosas eternamente no te las llevarás... Ya ves, son pocas, no puedo abandonarlas: el día que tal haga, entonces será tuyo.

— Pero aún no te has ido?... ¿Qué quieres? ¿qué deseas? te repito.

— Abrazarte: te amo, te adoro, ingrato.

— ¡Tú me amas! Tu amor será vano, vano completamente, te lo juro. Y para que veas que no te temo, que no hago caso ninguno de tu vigilancia suspicaz y continuadas embestidas, te diré...

Pero esto necesita variación de tono: te diré... que amo también, que estoy prendado á más no poder de una niña encantadora... Esa niña, ¿lo oyes? esa niña ha de alejarte, ha de redimirme de tu yugo... ¿Te ríes? ya lo verás: ella es la pasión, tú la indiferencia; ella es la vida, tú la muerte; ella es el calor, tú el hielo... Ríete, ríete: á ver cómo te las compones en frente del calor, de la pasión y de la vida... ¿Has creído que me hallarías en el mundo solo, absolutamente solo y arrinconado? Afortunadamente topará con mi mujercita, con mi futura mujercita... se interpondrá la felicidad conyugal... A ver si puedes con la felicidad conyugal.

— Por fin. ¡Qué fatiga!... Creí que ya no me soltaba jamás este mal humor, esta indiferencia, este pesimismo... Si aquella niña me hubiese querido... Han pasado algunos años... ¿Y qué he hecho yo en ese tiempo? Martirizar constantemente mi espíritu, atigirme, aburrirme, fantasear inútil y neciamente, en vez de decir — ¡cosa bien fácil! — á aquella chiquilla: *es usted bonita: sería tan feliz que pudiera aspirar á... hablar con usted cuatro palabras?* Lo que dicen todos, ya de viva voz, ya en una carta... Toma, esto tan trivial es necesario, de suma necesidad; y si yo no fuese tan metafísico y dado á lo oscuro, hubiera comprendido á su debido tiempo que mi tabla salvadora era aquella niña de ojos negros y divinos y larga cabellera... ¿Pero no pensé esto mismo cuando conseguí evadirme de los brazos horribles de aquel fantasma que siempre me persigue? ¿Por qué no continué en mis propósitos? ¡Ah! esta indecisión, esta cobardía de mi espíritu le alienta cada vez más... Siento que se aproxima siempre que dudo... Ahora mismo oigo el crujir de sus huesos... veo el barniz gris que todo lo confunde, que todo lo llena... la nebulosa atmósfera de tristezas y miserias que le circunda... respiro el hálito que hiela mi corazón... ¡Oh! aparta, aparta... Venga el infierno, Satanás; pero márchate tú; déjame en paz una vez siquiera; busca otras víctimas; por ahí las hallarás á centenares... ¿Qué ha significado para mí siempre tu venida más que el presagio de la muerte?... ¿Qué dices, qué respondes?

— Quiero...

— Abrazarme, poseerme... nunca.

— Quiero... una flor de esas.

— ¿Una flor del corazón? ¡Ay! toma: pero vete, huye pronto... Te llevas la esperanza en el amor; sólo quedan para mí consuelo otras tres; la ciencia, el arte y Dios: compadécete de mí.

— Quiero más.

— Todavía no está satisfecha tu voracidad...

— Lo quiero todo, te quiero á ti; te adoro, ingrato.

— Y yo de detesto, vil engendro del caos... Estudiaré, sentiré, crearé; y verás, verás como no te dejo ni un resquicio del alma libre... Siempre creí, sentí y estudié; pero pasajeras debilidades y quiméricas ambiciones forjaron alcázares arrogantes en mi cerebro, que al desplomarse con estrépito, fundidas por el despiadado ariete de la realidad, lleváronme á llorar inconsolable tal desgracia por entre sus ruinas, que á poco cubrieron las ortigas y jaramagos; y tú entonces, feroz alimaña, acechabas el momento en que se derrumbase también todo mi ser, para recoger mis despojos y aventarlos sobre vacío, sobre ti... Pero no ha llegado aún ese momento: no creo ya en los hombres ni en el mundo; mas te lo repito, espero todavía. Sí, todavía espero.

¡Ah, queridos amigos! Cuán agradecido estoy á vuestras bondades sin cuento! A ti, Anselmo, que has pregonado en todos los tonos y por todas partes, que yo era un músico eminente, á pesar de haber sido silbada mi ópera; que el porvenir era mío, ya que el presente no quiere hacerme justicia, ¡cuánto, cuánto te debo! A ti, Carlos, que has batallado sin descanso con los caprichos de los artistas y con las tenacidades de los empresarios, ¿cómo podré pagarte?... Y tú, Federico, que llevaste al teatro un par de docenas de amigos benévolos que hubieran aplaudido, sí, hubieran llenado el escenario de laurel y flores á la primera ocasión... gracias, gracias. Jamás, tenedlo presente, jamás olvidaré tantos beneficios... Pero ¡ay! al través de vuestras solicitudes y atenciones interminables, descubro, no el interés, no el entusiasmo por el triunfo de la justicia para una obra grande; sino la más mísera, la más envilecedora compasión... Decidlo de una vez: mi obra os ha parecido tan mala á vosotros como al público... pero sé el cariño que me profesáis. ¿Por qué no encontraré un espíritu recto, justiciero, concienzudo y estudioso, que penetre donde yo he penetrado, que sienta lo que yo he sentido... ¡La crítica! ¡los periódicos!... ¿Qué dice éste?... *Que lo bueno no es nuevo y lo nuevo no es bueno...* que *la obra es oscura*, que *le he robado á Wagner...* Señor mío, yo no robo á Wagner, no robo á nadie: en mi ópera, buena ó mala, ¿lo entiende usted? todo es mío, absolutamente mío: usted sí, que roba conceptos y los aplica con una gracia... y una desfachatez... y un atrevimiento...

¿Cómo se va poniendo todo gris!... ¡Estará por ahí el perro de presa carnívoro que tanto me horroriza! Sí, de nuevo le siento... ¡Sus! toma, toma esta otra flor, la flor del arte... Impregnaba con tu inmundicia baba, desgárrala con tus despiadados dientes... Ya encierras otra de mis esperanzas en tu ser de negación, vacío horrible... ¡Qué alimento tan sabroso es para tí! ¿no es cierto?... Márchate ahora... ¿Crees aún poder arrebatarme mi único consuelo, mi fe en Dios?...

— Dios no se acuerda de ti.

— Nunca abandona á sus criaturas.

— Ya, ya; esa soledad que sientes...

— Calla, sacrilego...

— Es que me sientes á mí: yo sí que te amo, te adoro infinitamente...

¿Qué ha sido tu vida? una serie no interrumpida de desdichas y miserias; nunca el cielo se ha apiadado de tus penas; nunca ha dado el triunfo á la justicia: el mundo, ha hecho más que no apreciar tu genio soberano, pero estéril; le ha despreciado, le ha colmado de rechiflas sangrientas, le ha elevado un poco para que sintiera más su caída... ¿Sabes por qué ha sido todo? Porque arriba y abajo y en todas partes, desengáñate, necio, no reina nadie más que yo, el vacío absoluto: la creación es sólo una de mis manifestaciones. Esas nociones de justicia é injusticia, de virtud y maldad, son relativas: os servirán á vosotros... de tormento; nada significan ante mí. ¡Vas comprendiendo!...

— ¡Ay! ¡Demasiado!... yo muero...

— Ven, amor mío, ven; ¿verdad que ya no te causo horror? Bésame, pues, artista, así. ¡Oh! Ya eres mío con toda tu alma. Desde que existe el mundo ¡cuantos así no he devorado!... Y si no hubiese corrido por tanto tiempo la patraña de que *la naturaleza me tiene horror...* ¡¡Qué absurdo!!

E. SÁNCHEZ TORRES



Fot. de Napoleón

EL GENERAL GARCÍA NAVARRO

ALBUM SALÓN no intenta, en este número, hacer una necrología del ilustre general cuyo nombre encabeza estas líneas; trata, sí, únicamente de consagrarle un recuerdo, tanto más cariñoso cuanto más sensible es la pérdida de la persona á quien se dedica.

Sería inútil biografiar la personalidad del difunto general, pues en este trabajo se nos han adelantado compañeros de prensa, que más que nosotros están sujetos á las exigencias de la actualidad. Hoy sólo pretendemos trazar, al pie del retrato del Excmo. Sr. D. José García Navarro, unos cuantos renglones laudatorios de quien por tantos conceptos se hizo acreedor á plácemes y alabanzas.

No hacemos hincapié en la brillante hoja de servicios del llorado muerto, comenzada brillantemente en la Academia de Infantería y terminada en el Gobierno Militar de Barcelona. Sus estudios en el Cuerpo de Estado Mayor, su profesorado en el mismo, y sus brillantes campañas en Cuba y África, en las que conquistó bizarramente sus grados y condecoraciones, han sido ya sobradamente descritas, para que una vez más las repitamos nosotros. Sólo nos cumple decir que, uniendo á un cerebro

maravillosamente organizado, un corazón de héroe que latía sólo por la Patria, se tendrá el verdadero retrato moral del general García Navarro.

Su muerte fué hondamente sentida por las innumerables personas que le trataban y que vieron siempre en él las altas dotes de que antes hemos hecho mención, considerándole al mismo tiempo como un espejo de caballeros y modelo de generosidad y cortesía. Pero más que nadie notarán su falta el actual capitán general del Principado y los que en lo sucesivo ocupen tan elevado cargo, quienes echarán muy de menos los razonados consejos que modestamente provenían del Gobernador Militar de Barcelona. Confirman nuestro aserto la acertada intervención del general García Navarro en las huelgas de Barcelona, Manresa y Tarrasa, en el año de 1890.

Pérdidas como ésta son las que hacen sentir al hombre la dura mano de la muerte, que, al pisar por igual la cabaña del pobre y el palacio del Rey, arrebatada con su descarnada mano á personas ilustres, cuando aún podría esperarse mucho bueno de su gran corazón y de su preclara inteligencia.

EL NIÑO Y EL GUSANO

¡Tan niño, y ya criminal!
Tu inocencia me da horror;
te miro sembrando el mal,
en vez de sembrar amor.

Has aplastado un gusano.
¿Por qué? En tus ojos lo leo.
Le has dado muerte, inhumano,
porque le encontraste feo.

Y tu faz de rosa ríe;
mas esa risa no es bella.
También el cielo sonríe
al lanzar una centella.

¿Sabes lo que es ese sér
que arrancaste de una flor?
Pues del divino poder
inconsciente ejecutor.

Él era, como tú, niño,
y, por protección materna,
le daba, al nacer, cariño
la naturaleza eterna.

Él su destino seguía
bajo una ley misteriosa;

aunque á rastras, pretendía
volverse, al fin, mariposa.

Todo, en el mundo rastrero,
es semejante al gusano.
Antes del vuelo altanero
hay que dar pasos de enano.

La flor empieza en capullo;
el astro, en rayo furtivo;
el ronco mar, en murmullo
de arroyuelo fugitivo.

En breve, obscura semilla,
la yerba que el campo alfombra;
y el pensamiento que brilla,
en un sueño entre la sombra.

Todo es pequeño al nacer,
todo es débil y mezquino...
¡Maldecido quien á un sér
detiene por su camino!

¿Sabes tú, niño insensato,
que mariposa sería,
del aire gala y ornato,
ese animal algún día?

Contra Dios entabla guerra
quien una vida anonada.
Para Él que todo lo encierra,
despreciable nunca hay nada.

Tiene corazón que siente
el gusano más pequeño,
no razona, mas presente
al Sumo Hacedor y Dueño.

Él se transforma, ocultado
de seda en una prisión
y allí duerme, aletargado,
como su fiebre el león.

Deja, pues, niño ignorante,
vivir lo dulce y lo tierno;
ya el mundo tiene bastante
negrura y dolor de infierno.

Ten piedad del inferior,
no te goces en su llanto,
por si un fallo vengador
trueca tu dicha en quebranto.

Ten respeto en adelante;
lo más vil busca su gloria;

considera que el diamante
nace en medio de la escoria.

Y ese pobre sér tenía
también dichas, que gozaba,
en la flor en que vivía,
en el sol que le animaba.

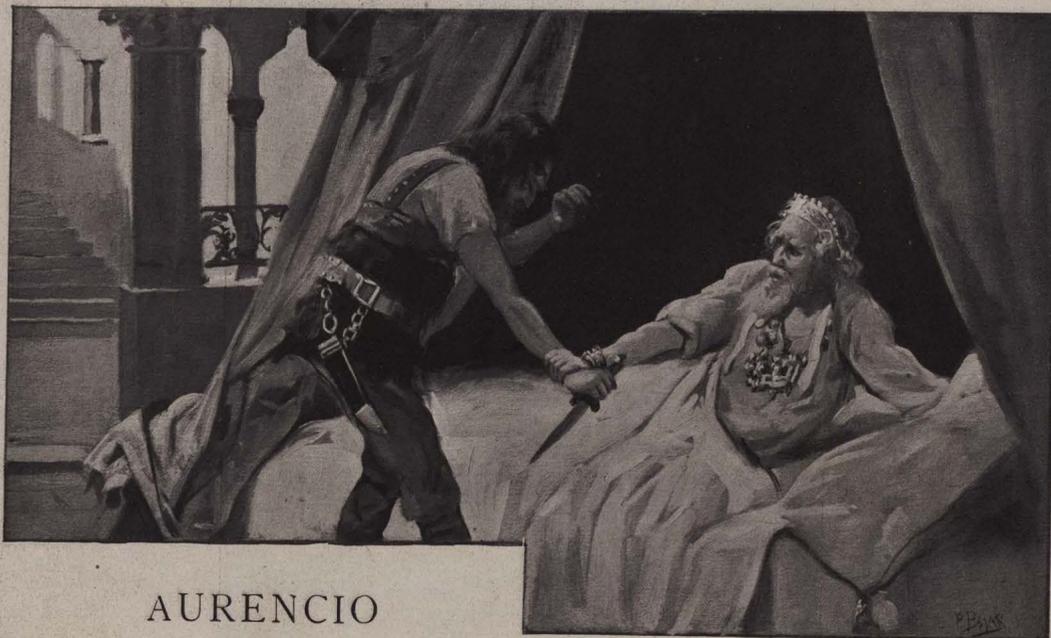
A ti ¿qué placer su muerte
pudo darte? ¡Fiero engaño!
Destruíste de esa suerte
por el gusto de hacer daño.

Te diré, pues que maltratas,
y aunque mi lección te asombre,
que si hoy un gusano matas,
matarás mañana á un hombre.

Y si, tal vez, en tu hogar,
de odio lleno y de amargura,
no te enseñaron á amar;
tú, que aún tienes alma pura,

como memoria del cielo,
que en ti no estará extinguida,
ve sembrando en este suelo
nunca muere, siempre vida.

José DE SILES



AURENCIO

MUCHÍSIMOS años hace, vivía en la gran ciudad de Besalón, el rico señor Aurencio de Besalonia, de sobrenombre el Bueno, con tales merecimientos alcanzado, que no de otro modo que por Aurencio el Bueno era conocido.

Su gran hacienda la empleaba en obras benéficas, en servir á sus amigos, proteger á sus deudos, amparar á todos, y su gran corazón, en amar al prójimo, querer á sus hijos, adorar á su mujer y conducirse digna y generosamente con todos.

Las causas justas, fueron siempre por su brazo defendidas, y peleó en cien batallas noblemente por su Rey y por su Patria.

El reino entero de Besalonia podía estar orgulloso de su preclaro hijo, y la gran ciudad de Besalón, hubiera rendido tributo á su memoria en mármoles y bronce, si el destino, dichosamente cruel para Aurencio, no le hubiese encaminado á legarnos más delicado y ejemplar recuerdo.

Tres hijos tenía Aurencio, y una hija de extremada belleza.

Un día, los tres hermanos, apuestos jóvenes galantes de la Corte, deseando vivir con más fausto y disipar en festines y espléndidos despilfarros las energías de su juventud y los tesoros de su padre, decretaron de acuerdo hacerle asesinar.

Y un plebeyo codicioso, bien pagado de su infamia, armó su diestra con el puñal traidor, llegando sigilosamente hasta el lecho donde Aurencio el Bueno descansaba.

Mas fué vano el golpe, y el ruin, al descargar su brazo, halló el férreo puño de Aurencio que al sujetarle le preguntaba:

—¿Por qué quieres matarme? ¿qué te he hecho?

—Perdón, señor, tus tres hijos me lo mandaron.

—¿Cuál era el precio?

—Cien monedas de plata.

—En poco estiman mi vida. En cambio tu acción criminal te hace

reo de muerte. Si te entrego á la justicia del Rey, no te perdonará. Yo, como no soy la justicia, te perdono. Vete, y di á mis hijos que me has asesinado y que arrojaste al mar mi cadáver.

Aurencio, disfrazado de mendigo, pues éstos tenían entrada franca en su palacio, pudo observar todo cuanto sucedió á su fingida muerte.

Sus afligidos hijos vistieron riguroso luto y costearon pomposas exequias en los templos más suntuosos. Su esposa amada, se entregó á los mayores transportes de dolor, durante tres días justos, que eran los que exigía entonces la etiqueta, y al cuarto día, saliendo de su voluntario encierro, pasó melancólicamente por su jardín, á la luz de la velada luna, dando el brazo al gentil Rodolfo, el mejor amigo de Aurencio, que, á juzgar por sus dulcísimas frases no era la primera vez que la consolaba.

El mendigo Aurencio, echó mano coléricamente á su desarmado cinto, mas volviendo en sí, huyó del jardín y del palacio para no caer en la tentación de cometer una acción reprochable.

Y al salir, vió á algunos de sus deudos y protegidos que excusados en conservar un recuerdo del llorado señor, saqueaban sus habitaciones aprovechándose de la confusión que aún reinaba en la servidumbre; Aurencio escuchó también las burlas y mofas que de su memoria hacían. Desde una ventana que caía sobre el jardín observó nuevamente á su esposa tan querida que, radiante de hermosura y felicidad, abandonaba su blanca mano á los labios de Rodolfo.

Y Aurencio el Bueno, enjugándose las lágrimas, penetró en su cámara secreta, donde se atavió con el más hermoso traje y ricas joyas, colgándose al cinto su magnífica espada, vencedora en cien combates.

Penetró en el cuarto de su hija, que creyó dormida, mas su hija no



estaba. Sobre un mueble halló una esquila del Rey... de aquel Rey que él defendió tantas veces en el campo de batalla. Leyó la esquila, y nuevamente tuvo que enjugar sus lágrimas. Su hija, en aquellos momentos, colmaba de caricias al Monarca.

Aurencio había caminado muchas leguas, y el cansancio le rendía. Había marchado siempre adelante, sin atreverse á volver la cabeza atrás. Y aunque sus ojos estaban secos, las lágrimas que no brotaban, iban cayendo una á una sobre su corazón.

Entonces, Aurencio el Bueno, se dejó caer á la sombra de un roble, y sollozó largo rato, tiernamente al principio, enardecido luego, y convirtiéndose después sus sollozos en feroces rugidos de fiera acorralada.

Levantóse de súbito, y mirando al cielo coléricamente, puesta su mano sobre la cruz de su espada, juró ser malo desde aquel momento, y vengar en los suyos y en la humanidad entera los dolores y desdichas que padecía.

—¡El mundo es malo, y yo seré malo como el mundo!
Caminó de nuevo. Sin darse cuenta, volvía sobre sus pasos, y tal era su sed de venganza que al ver declinar el día, apresuró la marcha y apartóse del camino para acortar la distancia.

Cerró la noche; la misma luna que alumbró su deshonra, derramaba el plateado resplandor de virgen pálida sobre los campos. En su acelerada carrera, no distinguió que cortaba sus pasos la corriente de un río caudaloso y cayó en él de improviso. El peso de sus ricas armas y vestiduras, le impedían nadar, y cuando ya agotadas las fuerzas iba á fondo, un hombre se arrojó al agua, luchó contra la corriente y le dejó salvo en la opuesta orilla.

Después, aquel hombre realizada su obra, huyó sin aguardar una palabra de agradecimiento.

Aurencio corrió tras él y le llamó en vano. Entonces se avergonzó de sus propósitos. ¡Qué hermoso era ser siempre bueno! ¡Ser bueno, para su conciencia nada más, como aquel que huía!

Y se sentó sobre el césped, en espera del nuevo día, para continuar su camino, siempre adelante, descargado ya de sus malas pasiones.

Llevaba unas horas de marcha, cuando el hambre le hizo encaminarse hacia una choza que no lejos se veía. ¿Y cuál no sería su asombro al notar que su rico broche de magníficos brillantes y su valioso anillo de záfiro y esmeraldas habían desaparecido?

Su desinteresado salvador se había arrojado al agua para robarle.

Volvió á desandar el camino; la cólera y la ira más terrible le ahogaban.

Un carromato, conducido por su dueño, se acercaba, cargado de víveres, destinado al mercado del pueblo próximo.

Aurencio el Bueno, desenvainando su temida espada, paró al carromatero, que estático y mudo detuvo su marcha.

—Todo lo que llevas, —le dijo, —es mío desde ahora; necesito comer, y en cuanto me harte, destruiré lo que sobre, quemaré el carro y degollaré las mulas.

—Señor, —exclamó el traginero, postrándose á sus plantas, —estas vituallas que conduco, el carro y las mulas, constituyen mi fortuna y la de mis hijos, si lo pierdo quedaré pobre y miserable; es el pan de los míos, saciad vuestro apetito, y dejadme el producto de lo que me reste.

—En verdad te digo, que soy un miserable; ¡toma mi manto borda-

do de oro, y compra otro carro y más vituallas que doblen tu ganancia! Y arrojando su rico manto al suelo, continuó su camino.

Reposaba en su lecho la infiel esposa; dormía plácidamente como un ángel hermoso, sonriendo en sueños: ¿en quién soñaba?

Levantó el puñal Aurencio el Bueno, iba á sepultarle ya en el desnudo seno de su esposa, y no pudo; huyó otra vez.

Se encaminó al palacio del Rey. Allí encontró á su hija, antes pura, antes immaculada y siempre bella.

Y huyó nuevamente. Y halló á sus tres hijos, embriagados, locos, revolcándose en el placer de la orgía y lujuria, mancillando su memoria, brindando á su muerte en copas de oro rebosantes de bebidas delicadas.

Y huyó otra vez, tapándose los ojos, clavándose las uñas en sus macilentas manos, fúnebre y desesperado, consolándose en el fondo de su alma maltrecha con la inmensa dicha del perdón santificante.

Y caminó nuevamente, hasta que muy lejos, en medio de un campo ignorado, donde las amapolas silvestres y las blancas margaritas alegraban la hierba seca del estío, cayó desplomado, y quedó muerto sin agonía, sonriendo como un mártir, cruzando sus manos en actitud de infinita misericordia.

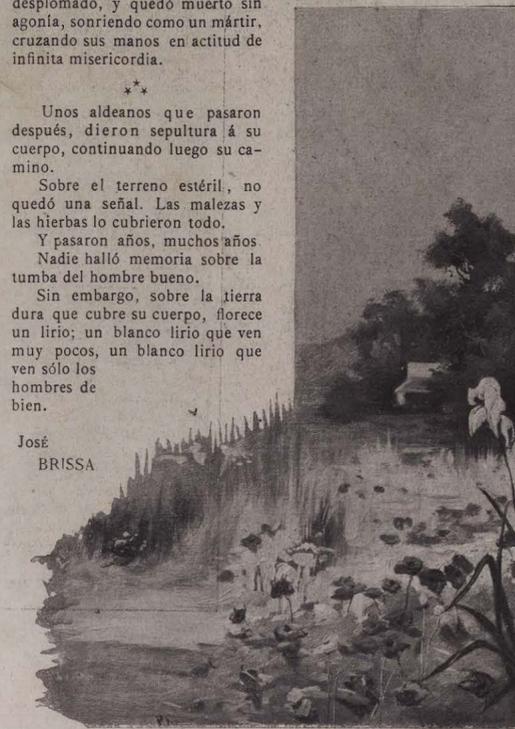
Unos aldeanos que pasaron después, dieron sepultura á su cuerpo, continuando luego su camino.

Sobre el terreno estéril, no quedó una señal. Las malezas y las hierbas lo cubrieron todo.

Y pasaron años, muchos años. Nadie halló memoria sobre la tumba del hombre bueno.

Sin embargo, sobre la tierra dura que cubre su cuerpo, florece un lirio; un blanco lirio que ven muy pocos, un blanco lirio que ven sólo los hombres de bien.

José
BRISSA



Ilustraciones de PABLO BÉJAR.